



LOS HIJOS DE SÁNCHEZ. XENOFOBIA Y NACIONALISMO

María del Carmen Collado

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Arnaldo Orfila Reynal era director del Fondo de Cultura Económica, una editorial estatal fundada en 1934 para difundir traducciones al español de obras importantes en ciencias sociales, cuando publicó, en 1964, la traducción de *Los hijos de Sánchez, autobiografía de una familia mexicana* del antropólogo estadounidense Oscar Lewis. La primera edición, cuya publicación coincidió con la llegada de Gustavo Díaz Ordaz a la presidencia, tuvo tal éxito que se agotó en tres meses. Inicialmente se escribieron algunas críticas al texto que se mantuvieron en el ámbito académico e intelectual, pero la segunda edición, a inicios de 1965, causó un auténtico escándalo mediático cuyo análisis permite adentrarnos en algunos de los rasgos del nacionalismo que informaba al autoritarismo mexicano.

El revuelo causado por la obra se enmarca en el ambiente de la Guerra Fría en México, que envuelto en el manto nacionalista, buscaba aislarse de las influencias de la Revolución cubana y el socialismo. Este clima de intolerancia cobró fuerza en el sexenio de Díaz Ordaz, quien como secretario de Gobernación del gobierno anterior de Adolfo López Mateos, fue el encargado de combatir y frenar la “subversión comunista”. Así, el libro de Lewis no sólo fue visto como un insulto a lo mexicano, una bofetada a la imagen del progreso edulcorada que los gobiernos pos-revolucionarios construían apoyados por los medios de comunicación, sino como una obra con una crítica doblemente inaceptable por provenir de extranjeros, el autor y el editor, quienes además tenían inclinaciones sospechosamente comunistas. Así, xenofobia y nacionalismo se articularon para descalificar la imagen de la pobreza urbana presentada por la obra y atribuir aquella realidad a un invento fraguado para desacreditar al país cuyo desarrollo económico había sido calificado de “milagro mexicano”.

Oscar Lewis era un antropólogo destacado por sus estudios sobre la transición de la vida campesina a la urbana, quien llevado por la importancia que cobraba la pobreza urbana se enfocó a estudiar el cambio cultural asociado a la pobreza durante la mayor parte de su vida académica. Se autodefinía como un materialista ecléctico y bautizó a la metodología por él desarrollada con su esposa y colaboradora Ruth Maslow Lewis, como “realismo etnográfico.”¹ Orfila Reynal era el director del Fondo de Cultura Económica desde 1948, cuando Daniel Cosío Villegas, su fundador, dejó la

dirección. Durante la gestión de Orfila, argentino de nacimiento, el Fondo se convirtió en una de las editoriales más importantes del continente por la publicación de trabajos señeros de las ciencias sociales, de ensayos sobre la realidad mexicana y latinoamericana y de colecciones como *Letras Mexicanas*, *Vida y Pensamiento de México*, *Breviarios* y *Popular* que llegaron al público masivo que la expansión de la educación básica y universitaria había creado.²

El primer trabajo de Lewis sobre México se enfocó en la vida campesina en Tepoztlán. Llegó al país con un financiamiento del Instituto Indigenista Interamericano, creado en 1940, para estudiar los aspectos psicológicos y culturales del desarrollo indígena³ y publicó sus hallazgos en *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied* en 1951. Desde entonces adoptó un enfoque interdisciplinario mezclando el análisis etnográfico, sociológico y psicológico que caracterizaría sus trabajos más célebres. Le interesaba especialmente conocer la manera en que la pobreza afectaba el desarrollo psicológico de los seres humanos.⁴ Sostenía que con el uso de tests psicológicos, exámenes físicos, observaciones sobre la vivienda y entrevistas intensivas a los miembros de una familia se podía acceder a áreas de la personalidad individual que habían sido descuidadas por la antropología.⁵ Tal vez la parte más sobresaliente de su enfoque fue que abandonó el romanticismo con el que la antropología había estudiado a los indígenas campesinos y estudió las resistencias al cambio de los pobres rurales y urbanos.⁶ Una de las características de sus investigaciones fue la participación de un grupo amplio de estudiantes, antropólogos, psicólogos y otros asistentes.⁷

Previo a la edición castellana del libro más famoso de Lewis, el Fondo publicó *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, en 1961. En él retomaba la biografía de cinco familias que habían atravesado la transición del campo a la ciudad e introdujo el estudio de la familia como un eje en la investigación antropológica. Utilizó el término “cultura de la pobreza” para explicar los rasgos que la nutrían y las dificultades al cambio. Pese al abandono del tradicional enfoque romántico de la antropología hacia el atraso y la pobreza, este libro no causó ninguna reacción entre el público lector mexicano.

A partir de la investigación sobre las cinco familias mexicanas (1956) comenzó a grabar sus entrevistas en cinta magnetofónica, lo que fue una revolución para el trabajo de campo de las ciencias sociales. Pero la grabación de las entrevistas resolvió además la preocupación de Lewis por encontrar la forma idónea de presentación para que sus trabajos trascendieran a un público mayor y no quedaran sólo en la academia.⁸ Desde entonces sus investigaciones más importantes recuperaron la técnica narrativa de la autobiografía para presentar sus resultados.

Mientras realizaba este trabajo se topó con la familia Sánchez, cuyos cuatro miembros, hijos de don Jesús, le brindaron exactamente el tipo de informantes que buscaba. Cuando conoció a estos personajes, pensó que

“una sola familia parecía iluminar muchos de los problemas psicológicos y sociales de la vida de la clase baja mexicana y, en este punto, decidí intentar un estudio a profundidad.”⁹ Así, emprendió el ambicioso trabajo centrado en dos generaciones de la familia Sánchez, que vivían en vecindades ubicadas en Tepito, uno de los barrios marginales de la ciudad. La cuidadosa transcripción, y edición de las entrevistas recayó, en su mayor parte, en manos de Ruth Lewis. El matrimonio se preocupó por que los testimonios conservaran una estructura dramática y Lewis dividió al texto en una introducción, escrita por él, seguida de cuatro partes y un epílogo. La primera y la última parte corresponden a las entrevistas de Jesús, el padre de familia; las otras tres están divididas en las narraciones de sus cuatro hijos: Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. Gracias a la narración hecha en primera persona, recuperando un lenguaje coloquial, y a la confianza que Lewis logró entre sus entrevistados, estos contaron con lujo de detalles sus experiencias y su vida cotidiana, dotando al libro del lenguaje rico y colorido que por general sólo se aprecia en las narraciones literarias.

Lewis logró su propósito, traspasó el estrecho círculo de los académicos, y llegó a un público más amplio. *Los Hijos de Sánchez* fue publicado en inglés en 1961 y se convirtió en un éxito tanto de crítica como entre los lectores. La revista *Times* lo incluyó en su lista de los libros más importantes de la década¹⁰ y en Francia recibió el premio a mejor libro extranjero en 1963.¹¹ El éxito de la obra y la importancia de dar a conocer un texto que abordaba uno de los temas sociales más acuciantes del país, decidieron a Orfila a publicar, previa autorización de la Junta de Gobierno de la editorial, un texto cuya trascendencia se vislumbraba. La forma autobiográfica adoptada rozó los linderos de la literatura y confundió a algunos de los críticos de Lewis que no sabían si tratarla como una obra literaria o científica, al tiempo que el lenguaje sin tapujos y la disposición de los Sánchez a abordar los aspectos más íntimos de sus vidas, escandalizó a “las buenas conciencias mexicanas”. La forma escogida por Lewis para transmitir las experiencias de lo que él denominaba la cultura de la pobreza, —concepto que no fue bien desarrollado por el autor¹²— demostró una gran eficacia en el campo comunicativo, pero, al escoger este método, expuso a sus informantes al juicio de los lectores,¹³ como se apreciará más adelante. El lenguaje utilizado y el acento en el maltrato emocional vivido por sus informantes,¹⁴ tal vez sea la clave para entender la controversial recepción que tuvo *Los hijos de Sánchez* en México.

El antropólogo estadounidense, nacido como Yehezkiel Oscar Lefkowitz, era hijo de judíos polacos emigrados al estado de Nueva York y cambió su nombre al terminar su doctorado en antropología en la Universidad de Columbia en 1940, por temor al anti-semitismo de aquellos años.¹⁵ Asegura su biógrafa que el interés de Lewis por estudiar la vida de los pobres nacía de su propia infancia inmersa en la pobreza, de “su autopercepción como un segregado y su temprana exposición a los escritos socialistas”.¹⁶

Lewis era un izquierdista y pensaba que la pobreza no debía ser idealizada o defendida, sino atacada y erradicada. Quería que su trabajo sirviera para denunciar la pobreza y estaba convencido de que esta condición había dañado el bienestar psicológico y físico de quienes están sujetos a ella.¹⁷ Desde el punto de vista ideológico coincidía con su editor en México, Arnaldo Orfila, quien durante la década de 1950 había radicalizado su pensamiento hacia la izquierda, abandonando la social democracia por el influjo del pensamiento crítico en América Latina, de la Revolución cubana, y también por la influencia que sobre él ejerció su mujer, la antropóloga Laurette Séjourné.¹⁸

El momento de la publicación de la obra coincidió con el endurecimiento del anticomunismo en México. La primera edición, salida a finales de 1964 se agotó en tres meses y se tiró una segunda edición a principios de 1965.¹⁹ Con Díaz Ordaz en la presidencia se incrementó la persecución a los comunistas, acicateada por el temor a que la revolución cubana contagiara al país. El miedo al comunismo se mezcló con el nacionalismo mexicano erigiéndose en un extraño valladar xenofóbico que por igual denunció las supuestas injerencias soviéticas o las estadounidenses. La prensa de la época, que gozaba de poca libertad de expresión, hacía por lo general eco del nacionalismo que caracterizó al autoritarismo mexicano, y atribuía a los extranjeros que eran percibidos como una amenaza, de ser espías extranjeros, ya fuera soviéticos, de la CIA o del FBI. El régimen utilizaba el nacionalismo para generar consensos, fortalecer la sensación de que el país estaba aislado del conflicto entre la URSS y Estados Unidos y de cuando en cuando exacerbaba la xenofobia para situar el origen de los conflictos fuera de México.

Los hijos de Sánchez generaron una creciente polémica debido a que exhibía la pobreza urbana como una lacra con un lenguaje accesible para todo el mundo. El libro retrata la violencia contra la mujer y los hijos, la violencia en la vecindad para ganar el respeto entre las pandillas de jóvenes, el hacinamiento, la insalubridad, la utilización de insultos en el habla cotidiana, la falta de apego al matrimonio, la sexualidad y una religiosidad popular alejada de la jerarquía católica. Era la otra cara de la pobreza familiar idílica presentada en *Nosotros los pobres*, (1948).²⁰ El “realismo etnográfico” molestó a una parte de la sociedad que no quería ver los problemas del país y que consideraba inaceptable que un extranjero los pusiera al descubierto. Este segmento deseaba que se siguieran alabando los logros del régimen y que se exaltara el “milagro mexicano”. Lewis había puesto el dedo en la yaga:

La persistencia de la pobreza en la ciudad más importante de la nación, 50 años después de la gran Revolución mexicana, presenta serias cuestiones acerca del grado en que este movimiento ha logrado alcanzar sus objetivos sociales. A juzgar por la familia Sánchez, por sus amigos, vecinos y parientes, la promesa esencial de la Revolución no ha sido cumplida aún.²¹

Aparentemente, el escritor y periodista Rafael Solana escribió una de las primeras críticas que tuvieron repercusiones en la revista *Siempre!* el 23 de diciembre de 1964. Afirmaba que el libro era deshonesto, pues utilizaba los golpes bajos para lograr una gran difusión y que produciría un enorme daño a la imagen del país en el extranjero, en un momento en que este trataba de conseguir que miles de turistas lo visitaran durante las olimpiadas que se celebrarían en 1968. Acusaba a Lewis de haber buscado a una familia abyecta, que utilizaba un lenguaje que no era usual entre una familia típica. El libro era una “felonía”, atacaba a México y Lewis había traicionado a los mexicanos que le dieron hospitalidad. Además, Solana escribió que Lewis había influido a los Sánchez para que estos dijeran que deseaban que México perteneciera a Estados Unidos. Así, tergiversaba los dichos de Manuel y Roberto Sánchez sobre la admiración que les despertó Estados Unidos cuando migraron como braceros, pues las condiciones de vida eran mejores que en México.²²

Luis Cataño Morlet, secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), quien se desempeñaba como juez del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, dio una conferencia en donde atacó el libro de Oscar Lewis el 9 de febrero de 1965, repitiendo muchas de las ideas de Solana. Gustavo Díaz Ordaz estuvo presente en esta reunión en la que la directiva de la Sociedad decidió demandar judicialmente a Lewis por haber escrito “un libro obscuro y denigrante para nuestra Patria”. En su demanda subrayaron que “el lenguaje soez y obscuro usado por el autor; la descripción de escenas impúdicas con las opiniones calumniosas, difamatorias y denigrantes contra el pueblo y el Gobierno de México colocan a este libro dentro de los actos delictuosos y sancionados en la Ley de Imprenta y el Código Penal vigente”.²³ Se acusó al autor del delito de “disolución social”, previsto en el artículo 145 bis del Código Penal, el artículo preferido para meter a prisión a los presos políticos.²⁴ Esta acusación se fundaba en las partes de las entrevistas de los Sánchez donde criticaban al gobierno, donde decían preferir las leyes de Estados Unidos y que les gustaría ser gobernados por un presidente estadounidense.²⁵

A partir de ese momento la polémica se apoderó de la prensa nacional en la que se expresaron los defensores y los detractores de la obra. En su editorial del 25 de febrero, *El Nacional*, portavoz del gobierno y del PRI, aseguró que la obra “atentaba contra las buenas costumbres” por su lenguaje procaz, que ofendía a la moral, que el libro carecía de carácter científico, que incitaba a la alteración de la paz pública porque desdeñaba a las instituciones, que no aportaba nada, sino que se trataba de una hábil maniobra mercantil que había logrado un gran éxito de ventas. No obstante, consideraba que no era lo más “adecuado” combatir este tipo de “perversiones mercantiles con denuncias y condenas, sino con trabajos serios.”²⁶ La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística continuó con sus críticas, esta vez en voz del escritor René Avilés, quien en otra conferencia, urgió sobre la necesidad de una “cruzada nacional” a favor de que toda la creación científica y artística se mantuviera dentro de la “limpieza

mental”, elevando el buen gusto y la moral para generar un “ambiente espiritual limpio, constructivo y de superación”. Se refería a los escritores que “intentan ocultar su coprolalia (enfermedad, vicio o bajeza moral que los impulsa a expresarse indecentemente)” para ganar lectores afectos a las “emociones fuertes” y a los que no les importa el “daño que causan a sus lectores inficionándoles el virus del amor por las descripciones y las palabras escatológicas.”²⁷ Otro periodista, Antonio Rodríguez, se manifestaba en contra de la acusación judicial y a favor de que el texto fuera rebatido con argumentos. Señaló que Lewis había seleccionado ciertos fragmentos a fin de presentar una imagen deformada de la realidad mexicana y había callado, en cambio, que la pobreza en México se debía a “la explotación” de otros países. Apuntaba que Lewis “no pierde la oportunidad de describir con una ‘objetividad’ que es casi deleite, las experiencias sexuales de todos sus personajes, y el lenguaje que con ellas se relacionan”. “Casi no hay página en que no digan... las más sonoras leperadas. Y no hay capítulo en que no se describa al natural, las más pornográficas escenas.” Lo verdaderamente ridículo, escribió, fue que un científico estadounidense señalase los efectos de la miseria al tiempo que escondía sus causas. Y atribuía el hecho de que Lewis hubiera elegido a México como campo de estudio, al interés por socavar su política independiente frente a Estados Unidos, poniendo en evidencia que algunos mexicanos “se sentirían felices si fueran gobernados por un presidente americano.”²⁸

Casi todos los críticos acusaron al texto de soez, vulgar, pornográfico y de ser un atentado a la decencia con objeto de acallar la crítica contra la pobreza y negaron que lo narrado fuera cierto. Se ampararon en la bandera nacionalista subrayando que el hecho de que fuera un estadounidense el que hubiera escrito el libro era sospechoso, que detrás de él se movía el interés por atacar a la Revolución mexicana, a un país que había defendido siempre su independencia frente al poderoso vecino del norte y que se ocultaba que una de las causas de la pobreza derivaba de la explotación que Estados Unidos había ejercido sobre México.²⁹

Pero la mayor parte de los periodistas e intelectuales se manifestaron a favor de la libertad de expresión, estuvieran o no de acuerdo con el contenido del libro. El escritor Andrés Henestrosa se refirió a que el escándalo provocado por la obra de Lewis no fue causado por referir realidades ignoradas, sino porque lo decía un extranjero. “Qué es lo que ha ocurrido? Lo de siempre: que nadie venga de fuera a ver nuestros males y a denunciarlos; eso es obra nuestra, exclusiva, así tengamos que callarlo siempre, o casi siempre.”³⁰ *El Día*, por su parte, un diario identificado con la izquierda, dio un amplia cabida en su sección de cartas de los lectores al debate sobre *Los hijos de Sánchez*. La mayor parte de ellas subrayaban que el libro reflejaba la realidad y, por tanto, no era admisible la postura de la SMGE, además de que la obra había dado voz a un sector olvidado de la sociedad. Una misiva de Alaide Foppa, una escritora guatemalteca refugiada en México, refutaba los argumentos de la acusación y ponía el acento en las virtudes de los Sánchez que aparecían en la narración, en tanto que

la Juventud Estudiantil Sindicalista de la Unión General de Obreros y Campesinos, una central independiente entonces del priismo, subrayaba que lo verdaderamente ofensivo era la pobreza y no su denuncia.³¹

La Alianza de Izquierda Revolucionaria de la Escuela de Economía de la UNAM organizó una mesa redonda sobre *Los hijos de Sánchez* el 4 de marzo de 1965. Cataño Morlet se presentó a defender su acusación y señaló que Lewis era una espía del FBI. Ante los gritos y chiflidos de la concurrencia universitaria los acusó de “pro yanquis” y de que deseaban para México lo que Estados Unidos estaba haciendo en Vietnam. Por su parte, Ricardo Pozas Arciniega, Rosario Castellanos y Francisco López Cámara defendieron la libertad de expresión y criticaron a las “nuevas inquisiciones.” Este último se refirió al libro como “un gran documento humano” que refería la vida de más de un millón de mexicanos que vivían en la ciudad en esas condiciones. Pero, además, reprodujo la grabación que hizo de Manuel Sánchez, uno de los protagonistas de la polémica obra, quien lo buscó la noche anterior, para afirmar que todo el material presentado por Lewis era verídico, que ellos no eran culpables de lo que les había sucedido y pidió “que las personas que puedan, las más altas, modifiquen el sistema de vida que llevamos los de abajo”.

El semanario *Siempre!* albergó en su sección cultural y en otras de sus páginas buena parte de la controversia desatada. El escritor Fernando Benítez hizo una extensa reseña del libro citando parte de los testimonios y destacó que los mexicanos preferían no abordar el tema de la pobreza y la querían borrar usando unos lentes oscuros como los que usaba Fidel Velázquez, el poderoso dirigente de la CTM. Señalaba que el libro de Lewis presentaba a los pobres no como fría estadística, sino “como hombres dolientes, en condenados que reducen a la nada nuestros ridículos paraísos, nos han despojado de nuestra máscara.”³² La mayor parte de los escritores de esta revista defendieron la obra, avalaron su credibilidad y se manifestaron en contra de la persecución policiaca iniciada por la SMGE.³³ Una minoría la criticó, pero defendió la libertad de expresión.

Alberto Domingo reflexionó que la crítica de la SMGE más que descalificar a Lewis, buscaba agradar al gobierno y quería socavar al Fondo de Cultura Económica por su tendencia progresista. No les importaba “manejar el ‘anticomunismo’ al igual que la ‘yancofobia’ con tal de liquidar a la organización que se ha atrevido a salirse de la línea de disciplina ‘democrática’ grata a los imperialistas y a los plutócratas de todas las latitudes”.³⁴ También denunció la persecución que la prensa había lanzado contra la familia, que había salido de su anonimato para defender la veracidad del libro, y era perseguida por un periodismo amarillista que deseaba fotografiarlos, meterse en su vivienda y acosaban a sus familias para exhibirlos.³⁵

El conocido antropólogo Guillermo Bonfil Batalla realizó una reseña del libro en el que criticaba algunos aspectos de la obra, como la falta de interpretación de Lewis, la ausencia de una explicación sobre la manera en que se seleccionó los fragmentos publicados de las entrevistas y

se preguntaba si posiblemente influido por su interés en el psicoanálisis, presentó “una imagen deformada, panssexualista, que no corresponde a la realidad” de sus sujetos de estudio. También se refirió a la subjetividad del material, a la imposibilidad de que a partir de un estudio de caso se pudieran hacer generalizaciones y concluyó en que la obra carecía de rigor científico. No obstante sus críticas al texto, Bonfil Batalla manifestó su rechazo a que una “sociedad científica considera[se] delictuoso y subversivo que se publiquen informaciones sobre ciertos aspectos de la realidad nacional [...] El peligro, lo subversivo, lo denigrante, no es que conozcan esas realidades, sino que existan. El científico social puede y debe adentrarse en esos aspectos negativos de nuestra sociedad, sacarlos e intentar explicarlos.” Con ello descalificaba totalmente la postura de la SMGE.³⁶

La Procuraduría General de la República resolvió en contra de la demanda presentada por la SMGE el 6 de abril de 1965. Después de que compareciese Arnaldo Orfila, quien explicó que el libro fue contratado con base en la aprobación de la Junta de Gobierno de la editorial, que este no hacía apología de vicios, ni delitos, que lo dicho por los informantes no tenía intenciones ofensivas a la nación mexicana, que la supuesta obscenidad es algo que se viene discutiendo desde hace siglos y que por unos cuantos párrafos no puede juzgarse a la obra como indecente. En cuanto al delito de disolución social la Procuraduría resolvió que las frases insertas en la obra que señalaba la SMGE no tenían ninguna eficacia para perturbar la paz, y afectar la soberanía nacional.³⁷ También se desechó la acusación de ultrajes a la moral o las buenas costumbres, aduciendo que hombres de grandes cualidades intelectuales se habían pronunciado en defensa del libro, lo que evidenciaba que no había una condena generalizada al carácter inmoral y licencioso de la obra y se concluyó que tampoco existía el delito de difamación.³⁸

Indudablemente la resolución del procurador reflejaba que había privado la prudencia, debido a la multitud de intelectuales que se pronunciaron en defensa de Lewis y de la libertad de expresión. Poco a poco, fue quedando atrás el escándalo y el texto fue convertido en una obra de teatro por Vicente Leñero, a petición de Lewis, la cual tuvo un relativo éxito pues se mantuvo seis meses en cartelera en 1972.³⁹ Hollywood convirtió el libro en película en 1978. Con ello en apariencia se cumplía con el deseo de Lewis de que su denuncia sobre la pobreza tuviera gran difusión, pero no alcanzó a ver ni la una, ni la otra, pues murió de un infarto en 1970.

Luego que la Procuraduría resolviese que no había fundamento en las acusaciones de la SMGE, la polvareda se fue asentando, pero quedaba el resabio nacionalista, xenófobo y anticomunista que se había manifestado con claridad en hombres cercanos al régimen. Estaba pendiente el castigo a Orfila por su izquierdismo. En medio del anticomunismo era difícil que sobreviviera un editor claramente identificado con la izquierda, que había abierto las puertas de la editorial del Estado, que entonces recibía

un pequeño subsidio, a libros críticos como el de Lewis, al pensamiento progresista latinoamericano, que había traducido el libro *Escucha yanqui* de Charles Wright Mills que era una abierta propaganda al régimen cubano, en 1961.⁴⁰

Al secretario de Hacienda Antonio Ortiz Mena, quien formaba parte de la Junta de Gobierno del Fondo, le molestaba la ideología de Orfila y, peor todavía, que fuera extranjero. Le había preguntado a Emigdio Martínez Adame, otro de los miembros de la Junta, si no habría un mexicano capaz de dirigir el Fondo. Así, el 6 de noviembre de 1965, Jesús Rodríguez Rodríguez, el subsecretario llamó a Orfila a Palacio Nacional y le pidió la renuncia por orden de Ortiz Mena. La única razón, porque era extranjero.⁴¹ Imposible que el despido de Orfila, ordenado por el secretario de Hacienda, se hubiera hecho sin el beneplácito del presidente de la República. La presencia de Díaz Ordaz en la conferencia donde Cataño Morlet denostó la obra de Lewis y la SMGE decidió demandarlo, demuestran la antipatía que Orfila despertaba en él. De inmediato fue nombrado sucesor, Salvador Azuela, con el apoyo del presidente,⁴² de quien era un viejo conocido pues había dirigido el Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana el cual dependía de la secretaría de Gobernación, que Díaz Ordaz había ocupado antes de llegar a la presidencia. En una entrevista concedida por Azuela en 1968 se refirió a *Los hijos de Sánchez*, que ya no fue reeditada por el Fondo de Cultura Económica sino hasta el 2012, como obra de escándalo.⁴³ En unas declaraciones a la prensa aseguró que el “argentino” Orfila deseaba presentarse como mártir de la libertad y perseguido político del gobierno al señalar que había sido cesado del Fondo por la publicación de *Los hijos de Sánchez*, lo cual era “una solemne mentira”.⁴⁴

Un nuevo escándalo suscitó el despido de Orfila. Muchos intelectuales y artistas se organizaron y reunieron fondos mediante donativos y contribuciones para crear la Editorial Siglo XXI, que sería dirigida por Orfila Reynal hasta su muerte. Durante el gobierno de José López Portillo le fue concedida la condecoración del Águila Azteca, máxima presea concedida por el gobierno mexicano a los extranjeros, por su destacada labor editorial y a favor de la cultura en México en 1980.

No era la primera vez que se rechazaba la crítica cuando provenía de extranjeros. Algo similar sucedió a Luis Buñuel, cuando estrenó su película *Los olvidados* en 1950. En ella se mostraba una imagen sobre la vida en los suburbios de la ciudad que ponía en evidencia la exclusión social, la pobreza y la decadencia social de los jóvenes delincuentes de la calle. Buñuel, nacido en España, llegó de Estados Unidos a México invitado por el productor Óscar Dancingers para filmar esta cinta y se inspiró en la lectura de la nota roja y sus paseos por las zonas pobres de la ciudad para filmarla. La película contradecía el triunfalismo del gobierno alemán que se enorgullecía de sus obras urbanas en la capital⁴⁵ y recibió críticas airadas durante una función privada en la que fue

presentada, entre ellas las de Lupe Marín, casada con Diego Rivera, y de la esposa del poeta español León Felipe. La película tan sólo duró tres días en el cine cuando fue estrenada, pues fue tal el revuelo que ocasionó que incluso surgieron voces pidiendo que Buñuel fuera expulsado del país. Sin embargo, cuando recibió el premio a la mejor dirección en el Festival de Cannes en 1951 cambió la suerte del filme, que entonces recibió once Premios Ariel, dados por la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas.⁴⁶

Los dos episodios a los que se refiere este artículo, el despido de Orfila y la demanda contra la obra de Lewis, nos muestran el lado xenofóbico de un nacionalismo intransigente que, mezclado con el anticomunismo, formaban el perfil del autoritarismo del gobierno de Díaz Ordaz, el cual no aceptaba la crítica y menos aquella que viniera de extranjeros. El ambiente de intolerancia que se respiraba, no sólo contra el comunismo, sino contra cualquiera que cuestionara al régimen, contra el otro, fue la impronta de todo el sexenio. La utilización de determinados vocablos, por parte de los que descalificaban la obra de Lewis, e indirectamente la de Orfila, como “limpieza”, “moral”, “cruzada nacional”, “pornográfico”, “patria” “indecente”, “licencioso” expresan la ideología de cierta derecha en términos cuasi religiosos. Esta terminología se fundía con otra religión, el nacionalismo, en un intento por infundir temor y crear un enemigo externo que amenazaba con acabar con la esencia de la nación. El patriotismo también servía para desviar la atención de los verdaderos problemas del país, como la pobreza y la desigualdad que desfiguraban el rostro del “milagro mexicano”.

Endnotes

¹ Susan M. Rigdon, *The Culture Facade. Art, Science, and Politics in the Work of Oscar Lewis* (Urbana, Illinois: University of Illinois Press, 1988), 5.

² Gustavo Sorá, “Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años ‘60”, *Revista del Museo de Antropología*, 1, núm. 1, (2008): 100.

³ Rigdon, *The Culture Facade*, 27.

⁴ Rigdon, *The Culture Facade*, 6, 2.

⁵ Rigdon, *The Culture Facade*, 38–39.

⁶ Rigdon, *The Culture Facade*, 42–43.

⁷ Ilán Semo, “X. Los hijos de Sánchez, de Oscar Lewis. La antropología como narrativa y afeción”, en *Letras Libres*, (octubre de 2010), <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/x-los-hijos-de-sanchez-de-oscar-lewis-la-antropologia-como-narrativa-y-afecion?page=0,0>, consultado el 3 de diciembre de 2015.

⁸ Rigdon, *The Culture Facade*, 49–50.

⁹ Rigdon, *The Culture Facade*, 57.

¹⁰ Claudio Lomnitz, “Prólogo”, en Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana. Una muerte en la familia Sánchez*, (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), 15.

¹¹ “Resolución del Procurador General de la República,” en Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana. Una muerte en la familia Sánchez*, (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), p. 517.

¹² Al respecto puede verse Lomnitz, , “Prólogo”, 17 y Rigdon, *The Culture Facade*, 57–68

¹³ Rigdon, *The Culture Facade*, 151.

¹⁴ Uno de los aspectos más sobresalientes del trabajo de Lewis fue su acercamiento a la psicología social. Contó con el apoyo de Carolina Luján, quien era psicóloga clínica, para aplicar y analizar los tests psicológicos de sus informantes y tomó las conclusiones de Luján, que eran individuales, para hacer generalizaciones sobre las características socio-psicológicas universales de lo que el denominaba la cultura de la pobreza. Rigdon, *The Culture Facade*, 62–67.

¹⁵ Rigdon, *The Culture Facade*, 9 y 15.

¹⁶ Rigdon, *The Culture Facade*, 9.

¹⁷ Rigdon, *The Culture Facade*, 62.

¹⁸ Sorá, “Edición y política”, 102.

¹⁹ Fernando Benítez, “El drama nacional de los Hijos de Sánchez”, *Siempre!*, Núm. 611, 10 de marzo de 1965, II–VII.

²⁰ Lomnitz, “Prólogo”, 10.

²¹ Lewis, Oscar, “Introducción”, *Los hijos de Sánchez, autobiografía de una familia mexicana*, (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), 48.

²² Emanuel Carballo, “Cataño Morlet y la Sociedad de Geografía plagian a Rafael Solana”, *Siempre!*, Núm. 611, 10 de marzo de 1965, XV y XVI.

²³ “Acusación penal contra el antropólogo Oscar Lewis”, *El Nacional*, 18 de febrero de 1965, 4.

²⁴ Este establecía que se castigaría a cualquier nacional o extranjero que hiciera propaganda escrita o de cualquier forma “difundiendo ideas, programas o normas de acción, de cualquier gobierno extranjero, que afecten el reposo público o la soberanía del Estado Mexicano”. Definía como disolución social a los actos que “tiendan a producir rebelión, tumulto, sedición o escándalos. “1941. Delito de Disolución social,” en *Memoria política de México, PAN*, <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1941-DDS-PAN.html>, consultado el 3 de enero de 2016.

²⁵ “Resolución del Procurador General de la República,” en Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 516.

²⁶ “Editorial. El libro de Lewis”, *El Nacional*, 25 de febrero de 1965, 3.

²⁷ “Llamamiento a los escritores para desterrar las tendencias morbosas”, *El Nacional*, 3 de marzo de 1965, 6.

²⁸ Antonio Rodríguez, “En torno a Los Hijos de Sánchez”, *El Nacional*, sección Testimonios y Documentos, 8 de marzo de 1965, 4.

²⁹ Véase también a José Santos Valdés, “Los hijos de Lewis”, *El Día*, 24 de marzo de 1965, 5.

³⁰ Andrés Henestrosa, "La nota cultural", *El Nacional*, 12 de marzo de 1965, p. 3

³¹ "Cartas y Opiniones", *El Día*, 18, 19 y 25 de febrero de 1965.

³² Fernando Benítez, "El drama nacional de los Hijos de Sánchez", *Siempre!*, Núm. 611, 10 de marzo de 1965, II-VII.

³³ Los números 610 y 611 dedicaron varias páginas a esta controversia. Pueden verse los artículos de Jacobo Zabludovsky, Roberto Blanco Moheno, Alberto Domingo, Emanuel Carballo.

³⁴ Alberto Domingo, "¿Linchamos a los hijos de Sánchez? Nadie detiene ya la Jauría", en *Siempre!*, Núm. 611, 10 de marzo de 1965, 25, 26 y 70.

³⁵ Alberto Domingo, "¿Linchamos a los hijos de Sánchez?", 25-26 y 70.

³⁶ Guillermo Bonfil Batalla, "¿El estudio de la pobreza es ciencia subversiva?", en *El Día*, 18 de marzo de 1965, 4.

³⁷ "Resolución del Procurador General de la República," en Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 519.

³⁸ "Resolución del Procurador General de la República," en Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 520-23.

³⁹ Virginia Bautista, "Los hijos de Sánchez un escándalo de medio siglo," *Excelsior*, 7 de agosto de 2011, <http://www.excelsior.com.mx/node/759087>, consultado el 10 de enero de 2016.

⁴⁰ Gerardo Ochoa Sandi, *80 años: las batallas culturales del Fondo*, E book, editado por Nieve de Chamoy en <https://books.google.com.mx/books?id=P41VBAAAQBAJ&pg=PT7&lpg=PT7&dq=80+a%C3%B1os+las+batallas+culturales+del+fondo&source=bl&ots=rIVOCliKXSX&sig=MJJq6mc8kVUo2S1qRg2i8FGZp6Q&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjeKCTxa3LAhXqm4MKHYWmCKMQ6AEIQzAH#v=onepage&q=80%20a%C3%B1os%20las%20batallas%20culturales%20del%20fondo&f=false>

⁴¹ Palabras pronunciadas por el profesor Jesús Silva Herzog durante la ceremonia de entrega de la condecoración del Águila Azteca a Arnaldo Orfila, Caja 1738 B, Exp. 9, Archivo General de la Nación, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales.

⁴² "Claroscuros del FCE, Eduardo Villaseñor", *La Gaceta*, Núm. 405, septiembre de 2004.

⁴³ Villegas, Guillermo, "Salvador Azuela y la cultura mexicana", en *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Núm. 161, año XV.

⁴⁴ Sorá, "Edición y política", 106.

⁴⁵ Julia Tuñón, "El espacio del desamparo. La ciudad de México en el cine institucional de la edad de oro y en *Los Olvidados* de Buñuel", *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, III, núm. 11, (2003): 135.

⁴⁶ Tuñón, "El espacio del desamparo", 136-137.